



Periódico Literario y Artístico

En el álbum de la Sra. Maria Amblard de Pichardo

A María

¡Dichosa tú que cediendo
del amor al dulce influjo,
el cuello entregas y el alma
al casto y sagrado yugo!
¡Y más feliz el maneebo
que con envidia del mundo,
de tu sencilla inocencia
ganar el afecto supo!
Tú, con tu amor le rendiste,
él te rindió con el suyo,
y ambos estáis orgullosos
del vencimiento y del triunfo.
¡Cuántas gratas esperanzas,
cuántos risueños augurios,
cuántas tiernas ilusiones,
cuántos anhelos confusos,
vuelan hoy sobre tu frente
en vertiginoso curso,
como blancas mariposas
sobre entreabierto capullo!
Quiera el cielo que en el nido
donde guardaréis oculto,

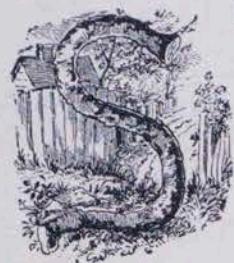
el misterioso tesoro
de un cariño ardiente y puro,
vivan siempre confundidos
como en un árbol fecundo
en que se mezclan y entazan
hojas, y flores, y frutos,
la fe que al género humano
señala el celeste rumbo,
la pasión que funde todos
los corazones en uno,
la caridad que consuela
ignorados infortunios,
el calor de la familia
y la calma de los justos;
deslizándose tus horas
entre caricias y arrullos,
como las ondas de incienso
que deshaciéndose en humo,
se elevan de los altares
donde á Dios se rinde culto.

G. Nuñez de Arce.

Julio, 1895.

HEMEROTECA
RESERVA

→ La recepción de Mr. de Heredia ←



Si la paciencia fuera la matriz del genio, nuestro compatriota, el poeta francés José María de Heredia, sería un portento. Desde luego Mr. de Heredia no es un portento, pero es hombre de refinada cultura, artista de gusto exquisito y poeta. Ha estado treinta años reuniendo una pequeña colección de sonetos. Pero no es ello lo más admirable, sino que estos sonetos no son los *ocios* del escritor, sino su ocupación. Sería difícil encontrar caso más notable de dedicación al arte por el arte. Sólo en época tan refinada como la nuestra, se logra concebir un hombre de gran talento, de vasta instrucción y medios amplios de vida, ocupado en anotar cuidadosamente aquellas de sus impresiones capaces de fijarse en breve forma plástica, y de cincelar luego esa forma hasta llegar en lo posible á lo acabado. Este es el procedimiento de Goethe, y el que más ó menos conscientemente practican los verdaderos artistas; pero lo notable en el caso de Mr. de Heredia es lo deliberado del propósito, lo circunscrito del molde y la perseverancia del autor. Él también, como su predecesor en el sillón académico, podía adoptar por epígrafe de sus versos: *Perseverantio*. La comparación, por supuesto, no iría más lejos.

Mr. de Heredia ha querido compensar lo reducido del disco de su objetivo, con la diversidad del campo por donde lo ha paseado. Allí han venido á fijarse las figuras más simbólicas,—heroicas ó tiernas,—de los ciclos poéticos. Allí se han reflejado las escenas más sugestivas de los bordes del mar bretón ó de la tierra abrasada de los trópicos. La fuerza de evocación y de sugestión de este poeta es realmente notable; y su pequeño libro puebla de muchas imágenes la mente del lector y comunica no pocas emociones á su corazón. Las vibraciones emotivas no son siempre muy intensas; pero es probable que no sea éste el efecto que más deliberadamente haya buscado el autor. En cambio, el panorama que hace girar á nuestra vista no puede ser más variado, de más vivos tonos, ni de más diversos matices. No me atreveré á decir, pasando quizás de los límites del diti-rambo, como el amable Mr. Coppée, que *Los Trofeos* son una especie de *Leyenda de los Siglos*. Temería aplastar esta delicada armazón de rodela, cotas y yelmos curiosamente trabajados, bajo esa inmensa mole de granito, en que están talladas, á guisa de colosos, las deidades de todos los Olimpos. Cellini es Cellini y Miguel Angel es Miguel Angel.

Huyamos de las comparaciones. El arte es como el espacio ideal. Hay en él lugar para todos. El amable Mr. Coppée lo ha dicho á Mr. de Heredia no sé si con su punta de ironía; aunque probablemente sin punta de ironía. Una cuarteta abrió las puertas de la Academia al marqués de Saint-Aulaire, y un soneto ha asegurado á Desbarreaux la inmortalidad... en la memoria de los eruditos. Lo importante, lo único importante para el artista, como para el pensador, es dejar algo, siquiera una imagen, siquiera una idea, que viva y florezca en el alma de la posteridad. Y sinceramente pienso que, si no el libro de *Les Trophées*, algunas de sus páginas durarán esculpidas en los cipos del museo en que se guarden los tesoros del Parnaso francés.

Mientras tanto, nuestro eminente compatriota ha entrado en el gremio de los cuarenta inmortales vitalicios, que constituyen la rama más florida del Instituto de Francia. Su recepción tuvo lugar el día 30 del pasado Mayo, y fué una verdadera fiesta en honor de la poesía. Mr. de Heredia, que no podía celebrar los pobres versos deslustrados y empolvados de su antecesor en la Academia, Mr. Charles de Mazade, elogió con calor sincero á Lamartine. Y Mr. Coppée, al contestarle, incensó con discreción y gracia á Mr. de Heredia.

Sus discursos no son en puridad extraordinarios. No suelen serlo las oraciones académicas, aun las escritas por poetas, en loor de la poesía. Pero si se tiene en cuenta que se trata de la obra de dos parnasianos, de dos estilistas, no dejan de contener algo como una confesión, que tiene su precio, desde el punto de vista del arte permanente. El sutil artista de *Los Trofeos* reconoce con amor la grandeza del poeta de *Las Meditaciones*, de quien se ha podido decir que carecía de arte, esto es, de artificio. Y el cantor maravilloso de *Los Humildes* denuncia, como preocupaciones de juventud, el culto de los parnasianos por los trampantojos de estilo y de versificación.

Como no podrá decirse que ni José María de Heredia ni François Coppée desconozcan ó rebajen la importancia de la forma en la obra artística, en la obra poética, lo que se desprende claramente de sus palabras es que condenan á los que, quizás creyendo prevalerse de su ejemplo y de su autoridad, quieren reducir el lenguaje del sentimiento intenso y de la fantasía alada á una jerga caótica de iniciados, que acabarán por no entenderse á sí mismos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Don Nicolás Heredia

LA lectura del artículo *Clinica mental* que publica EL FIGARO en otro lugar del presente número, impone la creencia, de que el joven autor de «Leonela» recibe frecuentes visitas de esa décima fascinadora musa llamada la Imaginación. Campea ésta en la *Clinica mental* con gran despliegue de alas, y con vestidura talar de asiática magnificencia.

La descripción del vestibulo y de la sala de recibo del fantástico hospital donde se encuentran enfermos los poetas del decadentismo, deslumbra por la doble riqueza del vocabulario y de las ideas.

Los diálogos del curioso visitante con el médico y los dolientes, envuelven punzantes sátiras bajo el velo de una delicada ironía.

El descriptivo relato del comienzo, se transforma después en dramáticas escenas; y cada individuo que en ellas usa de la palabra, refleja uno de los múltiples aspectos que ofrecen los adoradores de la frase rebuscada y de las imágenes insólitas, sin poner mientes en que lastiman la razón.

El desequilibrado estado de alma de aquellos que el vulgo de los mortales no acierta á comprender, contrasta por modo cómico con las arrobadas de buen sentido que atesora el narrador de aquellos singulares episodios. Confieso que he creído por momentos tener delante de mí, la célebre casa de locos del artista inglés Hógarth.

En un trabajo de los referidos méritos, hay que prescindir de algunos pequeños lunares.—*De minimis non curat Practor*.

JOSÉ SILVERIO JORRIN.

De duelo

YA listo para ver la luz el número presente de «EL FIGARO», hemos recibido en esta Redacción la tristísima noticia que ha llenado de dolor el alma de nuestro Tejera, por el sensible fallecimiento de su señor padre, acaecida últimamente en Yauco (Puerto Rico).

«EL FIGARO» que ha compartido con Tejera las glorias de sus triunfos, tiene la cariñosa misión de sentir con él sus penas y sus más acerbos dolores.

Reciba el notable escritor y queridísimo compañero, la más viva expresión de nuestra condolencia.

Nuestras ilustraciones

EN el presente número, como habrán visto nuestros lectores, ofrecemos una novedad en las ilustraciones, que esperamos sea del agrado de los abonados á EL FIGARO. Esta empresa no escatima medio, á costa de grandes desembolsos, para dar á EL FIGARO cuantas novedades puedan ofrecerse en un periódico de nuestra índole, dentro de los escasos elementos artísticos con que contamos.

Debemos dar las más expresivas gracias al genial dibujante Sr. Del Barrio y al inteligente fotograbador Sr. Taveira, á cuyos constantes desvelos debemos esta novedad.





UN TROVADOR
COMPOSICION Y DIBUJO DE DEL BARRIO



ANSELMO OTERO-COSSIO

Un militar tan joven como distinguido es D. Anselmo Otero-Cossio y Morales, cuyo retrato ofrecemos en esta página de EL FIGARO.

Es uno de esos hijos de Cuba que han abrazado la carrera de las armas y han adquirido notas enaltecedoras en sus relaciones profesionales.

Hijo de Sagua la Grande, el Sr. Otero-Cossio se recibió de Bachiller á los catorce años, ingresando en la Academia de Toledo el año 1889. Con el grado de alférez y el de alumno número 2 de la promoción de 1892, pasó á la Academia de Ingenieros de Guadalajara.

Al cumplir en Marzo del 95 los veintidós años de edad y previo examen, ascendió á primer teniente de Ingenieros, destinado al Primer Regimiento de Zapadores y Minadores de Logroño, donde se encuentra en la actualidad.

Como se vé, la historia del Sr. Otero-Cossio es breve, pero encierra los gérmenes de una serie de triunfos que nosotros deseamos se cumplan pronto y hermosamente.

Reminiscencias americanas

LOS CASTIGOS DE D. LUIS FELIPE MANTILLA Y LA FAMILIA DE ANDRÉS BELLO

(CONCLUYÉ)

II

El 29 de Noviembre de 1881 se celebró en Caracas el *Centenario de Bello*. Los más conspicuos literatos de Venezuela, como Félix Rasco, Aristides Rojas, Angel M. Alamo, Agustín Avelado, Antonio L. Guzmán, Rafael Seijas, Manuel Ma Urbaneja, Felipe Tejera &c, se esmeraron en dedicarle á la memoria de tan eximio estadista y colosal poeta, sus cantos más sentidos, y yo tengo el inmenso placer de poseer entre los libros de lo que llamo mi *Biblioteca Dorada*, una copia manuscrita, hecha por sus mismos autores, de todas aquellas admirables composiciones. A la cabeza de las mismas se vé un preciosísimo autógrafo, ó sea una carta íntima, del grande hombre, en la cual describe á su familia, con elegante estilo é ingenua sencillez. Permítaseme que la reproduzca, no sólo con el objeto de que los ilustrados favorecedores de *El Figaro* se deleiten con su lectura, sino para que se vea que era cierto que Bello, desde 1844, ya escribía *ora* sin *h*, á despecho de Mantilla:

He aquí la carta, literalmente reproducida:

«Santiago de Chile—Noviembre 11 de 1844.

«Mi querido Miguel:

«He recibido con mucho placer tu carta de 23 de Octubre del año pasado, en que me das una noticia mui circunstanciada de mi querida madre y de toda mi familia. Para toda ella es esta carta, y te ruego la comuniques á cada uno de los individuos que la componen. Siempre te he mirado, mi querido Miguel, como uno de mis verdaderos amigos, y desde que supe que te habías casado con Rosarito, lo celebré mucho; eres hermano mío, más que amigo, y nada pudo serme más grato que este segundo título.

«La descripción que me haces de mi familia, me ha encantado, y no á mi solo sino á todos los de esta casa, que los aman á Uds como yo, y como si los hubieran conocido personalmente. Te corresponderé haciéndote una descripción de la mía.

«Carlos, el primogénito, se halla ausente de nosotros; ha entrado en especulaciones de minas y con muy buenos auspicios. Me ha manifestado en su último viaje á Santiago, muchos deseos de hacer un viaje á Caracas, y no desespere de que lo verifique.

«Francisco, el segundo, es el mejor y el más querido de mis hijos. Difícil es que puedas formar idea de sus virtudes, de su talento, de su amabilidad, de su juicio. Es uno de los primeros abogados de Santiago, y haría sin duda una fortuna rápida, si gozase de buena salud. Desgraciadamente su constitución es muy delicada, y tendrá que dejar el ejercicio de una profesión, que es aquí bastante lucrativa, cuando se ejerce con crédito.

«Juan, el tercero, es un joven bastante aprovechado. Tiene un empleo en la oficina de Relaciones Exteriores, enseña en un colegio, es de un carácter mui vivo y alegre, lleno de proyectos que abraza con entusiasmo y abandona con la mayor inconstancia; se pica de literato, hace versos, canta, baila, traduce varios idiomas, y en medio de sus alegrías y travesuras, trabaja ocho ó diez horas cada día.

«De Andrés, el cuarto, no puedo decirte sino que es un jovencito moreno, de tal cual figura, desaplicado, de muy buen corazón.

«Anita toca el piano y canta; nada de particular ni en su figura, ni en sus habilidades, ni en su carácter. Luisa principia á tocar el piano; criatura angélica por su carácter; la docilidad, la mansedumbre más grande; la más amorosa nieta de mi madre. Asunción, buena voz, aficionada al canto. Josefina, bastante bonita.

«Debí haber nombrado antes á Manuel, que aprende *ora* las primeras letras.

«Eduardo está acabando la cartilla.

Sabes que he perdido tres de mis hijos; uno en Inglaterra y dos en Chile.

«La descripción que me haces de mi madre me llena de contento, y sus cartas, que he recibido con la tuya, me han causado como puedes fácilmente imaginarlo, el mayor gusto. Cuánto me alegro de que la tengas en el seno de tu familia, y rodeada de sus numerosos nietos, y qué placer sería para mí que pudiera abrazar y dar su bendición á mis hijos.

«Te ruego que des noticias mías á Ramos, á Loinaz, á Ribas, á D. Juan Pablo Ayala: á los dos primeros, y sobre todo á Loinaz, los tengo tan presentes como si los hubiese visto ayer. Siento mucho que mi bueno, mi siempre querido Agustín Loynaz esté amenazado de perder la vista. Yo también padezco bastante de los ojos.

«De Florencio nada he sabido por más de seis años. Le supongo siempre en Monti-Cristi, cerca de Guayaquil, donde tenía un pequeño establecimiento industrial.

«Remitiré á Carlos dentro de algunos días algunos ejemplares de la segunda edición de mi Derecho de Jentes, y de otras obrillas que no mando *ora* porque la ocasión no me presenta suficiente seguridad, sino es para cartas.

«Habiendo escrito á Bogotá para saber qué se habían hecho los mil pesos que por orden del jeneral Bolívar debieron haberse remitido de aquella capital para mi madre, y solicitando que si no se había hecho la remesa me entregasen esta cantidad y el resto de mi haber por el tiempo que serví en la legación de Colombia, he recibido del Sr. Sta. María, mi apoderado, por contestación, que se remitieron en efecto los mil pesos á Caracas, y que podía recibir el saldo, que es muy poca cosa, en billetes del gobierno, que valen muy poco. Quisiera que te informaras de la suerte que han corrido los tales mil pesos en Caracas, á donde no dudo que fueron remitidos. El Libertador me lo hizo saber así por conducto del Sr. Madrid, Ministro de Colombia en Londres, y el Sr. Sta. María me lo confirma.

«Por *ora* te remito esa letra, por el valor de 500 pesos, para mi madre, ó en su defecto para que tú hagas con su importe algunos regalitos á mis sobrinas.

«Adiós amigo, hermano de mi alma. Abraza á mi Rosarito, á Carlos, etc. etc.—Tuyo de corazón.—*Andrés Bello*».

III

El 8 de Marzo de 1826, el sublime poeta decía desde Londres al General Soublotte, en carta confidencial, cuyo autógrafo poseemos: «He escrito á V. antes de AHORA.... «En 1844 ya el sabio Bello había prescindido de la letra *h* en esa y otras palabras del idioma castellano, que no la necesitan en ningún concepto, para expresar su significación genuina, ó por razones etimológicas ó de eufonía.

En cuanto á la familia tan querida del publicista insigne, el competente Dr. Aristides Rojas decía en el Album del Centenario:

«De los hijos de Bello, todos ellos, segados en la mañana de la vida, sólo cuatro figuraron en Chile, como obreros del espíritu, en la diplomacia, en el profesorado, en la filología, en la oratoria parlamentaria y en las bellas artes: Carlos, Francisco, Juan y Emilio, que nació en 1845, poco tiempo después de la fecha que lleva la carta precedente. Estaba escrito que ninguno de estos adalides del pensamiento presenciase el Centenario del ilustre padre. Pero en ausencia de los hijos, ahí están sus obras, sus lucubraciones: corona póstuma que ellos dejaron como tributo de amor á la patria en el día de la Apoteosis».

D. José Domingo Cortés, en su *Diccionario Biográfico Americano*, añade:

«Andrés Bello fué padre de varios distinguidos escritores, que han figurado en la prensa, en la diplomacia y en la literatura chilenas: casi todos ellos fueron arrebatados á la vida en edad prematura: Francisco Bello fué un notable humanista, que ha dejado á la posteridad una gramática Latina muy apreciada de los concedores. Juan Bello fué á la vez profesor, orador, diplomático y literato notabilísimo. Carlos Bello, literato y autor dramático, ha legado á la literatura chilena composiciones en prosa de mérito sobresaliente.»

Noticias análogas á estas se dan en la *Biblioteca de Escritores*

venezolanos contemporáneos que en 1875 publicó en París el maestro D. José María Rojas, Ministro Plenipotenciario que fué de Venezuela en España.

El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, miembro de la Academia de la Historia de Madrid, ha dicho: «Bello, uno de los más grandes poetas que hayan pulsado la lira castellana, es también de los mayores maestros de lengua y estilo que podamos señalar en la antigua y moderna literatura española».

El eminente literato español D. Juan Eugenio Hartzenbuch presentaba como prototipo de nuestro idioma, el lenguaje del sabio hijo de Caracas, D. Andrés Bello, diciendo que como él debíamos hablar españoles y americanos. Al expresarse así (añade el insigne literato venezolano D. Angel María Alamo) señaló con singular acierto el punto de unión entre ambas literaturas y fijó el ideal á que debemos aspirar los que tenemos un mismo y glorioso origen. Las palabras de los hombres ilustres por su sabiduría, quedan resonando en las edades y sus obras son perennes dechados para la labor de los siglos.

Ante los recuerdos inefables de mi juventud; ante el espectáculo de la inteligente y virtuosa familia de Bello, el inmortal, descrita imparcial y gráficamente por él mismo; familia tronchada al amanecer por las adversidades del destino, no puedo menos de exclamar, repitiendo sus dulces y tiernos versos:

¿Y nada dejó la huesa?
¿Ni una voz? ¿Ni una mirada?
¡Tanta llama, hecha pavesa!
¡Y tanta flor deshojada!

.....
Ve á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se ve temblar el viejo torreón.....

ANDRÉS CLEMENTE VAZQUEZ.

Arturo H. Ambrogi



Es el Benjamín de las letras americanas. Tiene diez y ocho años y ya hace dos que ha publicado un librito y dirige en San Salvador—su patria—un semanario, *El Figaro*, genuinamente modernista, que es la expresión fiel del movimiento literario de la pequeña república y al cual profesa verdadero amor, consagrándose á él con esa ternura apasionada con que los que escribimos atendemos las publicaciones que nutrimos con la sangre de los ensueños y la savia de todas las esperanzas.

Ambrogi produce mucho. Su fecundidad es pasmosa y pertenece al número de los artistas que trabajan sin descanso, no sólo porque hallan satisfacciones profundas en esa labor incesante, sino que es también de los que no resisten las sollicitaciones de la idea

que tiraniza el cerebro con torturadora obsesión y á quien es preciso darle una forma adecuada para que traduzca con exactitud la sensación de que es hija, y adquiera un colorido perfecto que al grabarse en la retina del lector exhiba los matices delicados ó las gradaciones brillantes con que surge en la imaginación.

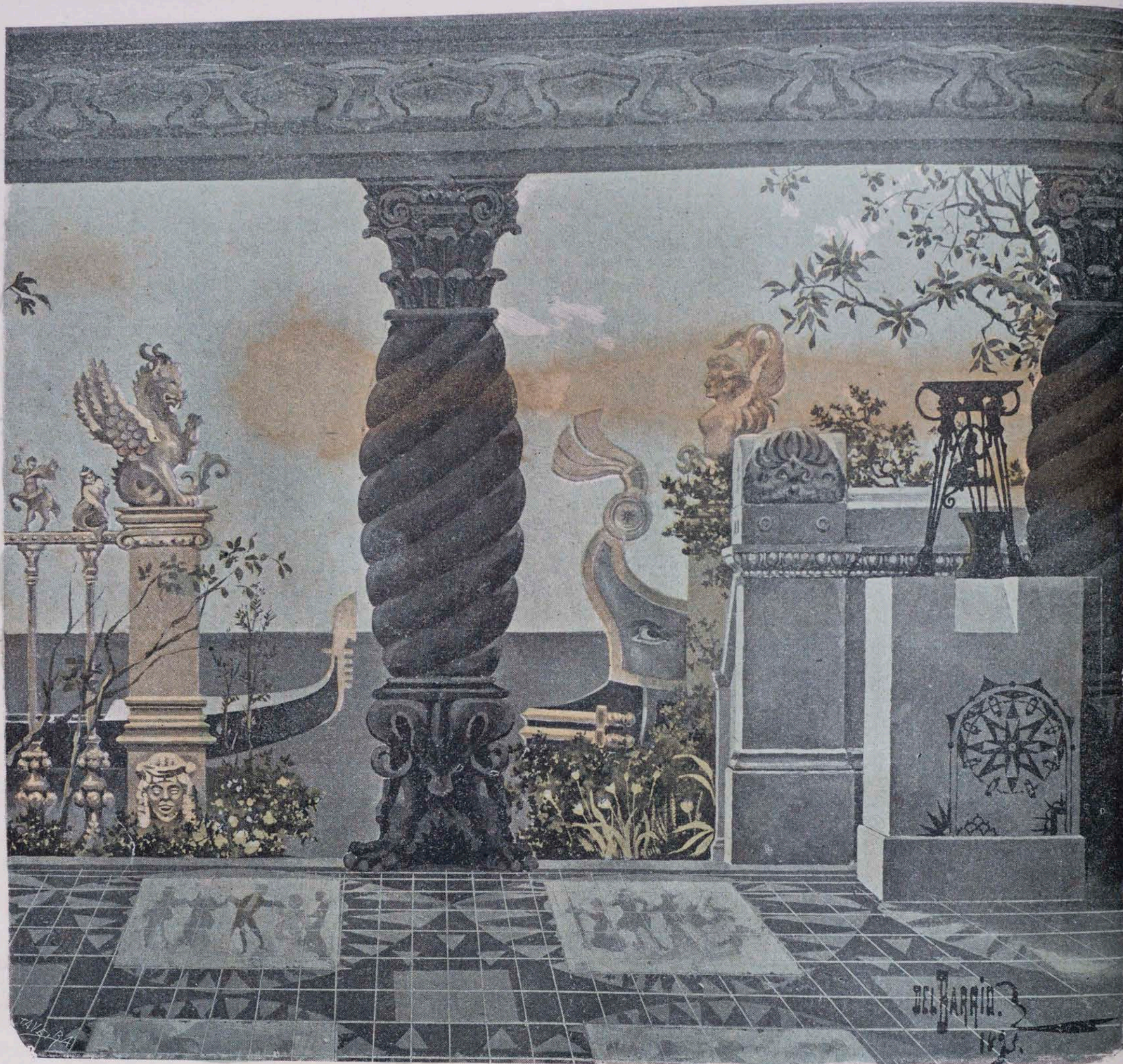
Entonces es cuando asombra la prodigiosa fecundidad de Arturo Ambrogi. Parece que no tiene que sostener esa lucha, las más de las veces cruenta, con la frase que no ajusta perfectamente en el concepto, que no encaja en el engranaje del período ó que, poco rítmica, dañaría la cadencia armoniosa de la cláusula y su prosa afluye pletórica y henchida de robustez con su destiñe de imágenes pintorescas, su séquito de metáforas atrevidas y sus exuberancias de lenguaje, como si acudiese al misterioso llamamiento de un conjuro ó llegase sugestionada por el rito de una evocación. Y esta facilidad productora perjudica en cierto modo la limpidez elegante, la serenidad augusta que debe imperar en las creaciones artísticas, porque en Ambrogi la imaginación poco disciplinada ahoga á veces con el sonido atronador de las cascadas de palabras intensamente vibrantes que despeña, la voz suave de un ensueño melancólico ó oculta en las prodigalidades del estilo, en los giros intrincados de algunas de sus metáforas el germen apenas desarrollado, como la ramazón fastuosa de las selvas tropicales no dejan percibir la flor que surge en los senderos perfumados que las atra-

viesan. Pero en todos los derroches de frases, en todo su amaneramiento hay exquisiteces de refinado, intuiciones maravillosas de países no vistos, nostalgias indecisas de edades que pasaron y una ráfaga de poesía satura sus creaciones, leda como las auras nocturnas ó balsámica por los olores penetrantes que lleva, recogidos en los salones de baile ó en las penumbras soñadoras de los *boudoirs*, porque el niño-escritor, como todos los modernistas, ama las sutilezas delicadas de las civilizaciones decrépitas, las elegancias de las *toilettes* femeninas, los trajes que demuestran una distinción suprema en las mujeres, todo lo artificial que realiza la Belleza y que le harían trocar gustoso su país y su época, por Bizancio y el siglo de los Paleólogos ó por el París de Luis XIV.

En su libro *Bibelots* hay primores que seducen, como *La leyenda del rey Bebé*, fantasía delicadísima; *Para un álbum y Ojival*; *Leyendo á Mistral*, está saturado de la infinita poesía de los recuerdos y hay en el mismo libro atrevimientos ingenuos y audacias de expresión que demuestran que al autor no le preocupan los juicios que puedan formular los burgueses de las letras, incapacitados por su tosqueza de organización y por la grosería de sus temperamentos de experimentar íntegras las sensaciones delicadas, parapetándose en prejuicios añejos y aferrándose á los preceptos clásicos, lanzan sus anatemas fulminando amenazas ridículas á la escuela que trasponiendo los límites de la vulgaridad, lleva al verso música y color y á la prosa, sonoridad y forma cinceladamente hermosa, pretendiendo encauzar, encerrándolo en cánones inmutables, el arte moderno, paralizando por tanto, la labor de *afinación* del idioma que realizan los mal llamados decadentes, cuando expresan sensaciones y estados de alma hasta hoy no exteriorizados. Pero Ambrogi, sordo á esa voinglería, no escuchando más que la voz insinuante que, surgiendo del espíritu, con las entonaciones del reclamo, activa las aptitudes y espolea los deseos de producir, por la satisfacción interna que engendra el cultivo del arte por el arte, sigue impertérrito nielando sus párrafos, esculpiendo sus cuentos. Al abrir su primer libro, después de admirar el blasón que graba en la cornisa Víctor M. Jerez y que muestra los timbres literarios del miniaturista de *Bibelots*, se recorren galerías y salones en cuya arquitectura se advierte el gusto de Rubén Darío, á quien profesa Ambrogi verdadero culto y que es genuinamente su maestro, como lo es de todos los jóvenes escritores americanos. *Bibelots* es un libro bello: es la primera producción de un joven y tiene por tanto inexperiencias candorosas, pero es también exponente de un talento que llegará á ser gloria de su país, porque quien ha dado tan gallardas muestras de valer y superioridad en los comienzos, puede ascender por las escalas de la perseverancia á la cima del triunfo, si no malgasta el tiempo que debe consagrar al estudio ó se detiene á escuchar los gruñidos histéricos de la jauría literaria, que ansía llegar con sus ladridos donde no alcanza su impotencia.

Habana.

C. Y F. UHRBACH.



CLÍNICA MENTAL

SUPE que allí había «casos» muy curiosos y no perdí tiempo en visitar la clínica del Doctor Narciso. Tratábase de un edificio extravagante, si fastuoso, de un alarde de imaginación sin equilibrio, de una pesadilla de cal y canto en donde se confundía lo racional con lo increíble, el gusto refinadísimo de un griego con el burdo trabajo de algún cíclope.

La verja era de laca japonesa y sus balaústres remataban en estatuillas de andróginos, dragones, centauros, sirenas y pegasos. A cada balaústre correspondía un monstruo diferente. Parecía aquello la evocación absurda de una muchedumbre de seres incoherentes en donde la materia se exhibiese con formas imposibles. Detrás de la verja hallábase un jardín con estanques surcado por góndolas venecianas y trirremes de cascos plateados y popas empinadas. Las flores constituían un milagro de exotismo. Lotos y crisantemas presidían aquella rebelión vegetal contra natura. Las hojas de los árboles parecían lenguas de esmeralda y, á veces, lirás verdes dispuestas á emitir sonidos vagos y melódicos á la primera caricia de los aires. Eran hojas que «ritmaban» un leguaje susurrante como el del arpa suavemente rascada por unos dedos femeniles.

El edificio principal se iniciaba con un pórtico azul, al parecer de gusto helénico, pero sus columnas—aunque tenían por remate el canastillero desbordado con que el orden corintio se engalana—mostraban unos fustes panzudos y retorcidos á la manera de pilastras salomónicas. Los plintos figuraban contraídas garras de leones y el pavimento era de mosaico en el cual alternaban, dibujados, cupidiños de aljabas de oro, jóvenes de frac verde y media roja, bailarinas con el tonelete levantado y ascetas demacrados en aptitud de orar ante una calavera y una cruz.

El salón de recibo tenía el aspecto de un claustro gótico cubierto

por una techumbre puntiaguda al estilo de las casas de los chinos. Santos y monstruos, ídolos y madonas, dioses helénicos y fetiches africanos, monjas y cocottes corrían por los frescos de las paredes en confusión indescriptible como entregados á una danza de bacantes.

El mueblaje, los adornos, no eran menos extrambóticos. Había allí jugueteros de malaquita que formaban vertiginosas espirales, sillas de ónix blanco vetado de hilos sanguinolentos, mesas de níquel con patas de cristal de roca, espejos con marco de ébano incrustado de turquesas, curules romanas, triclinios de marfil, divanes de piel de tigres cazados sobre la arena en que reposan las esfinges faraónicas, banquetas cuyos forros fueron tejidos con pelos de colas de ardillas cimarronas, pabellones de plumas de pavo real y guacamayo, biombo de nácar con toques de oro y cuadros de pinceladas caprichosas que no representaban cosa alguna, pero cuyos colores se metían en la retina como un polvillo irisado y deslumbrante.

En este salón me recibió el Doctor Narciso, no vestido á la moderna, es decir, con la vulgar levita y el prosaico pantalón de lanilla catalana, sino cubierto con una túnica de lino sobre la cual caía una clámide de púrpura.

Dijele que había oído contar maravillas acerca de su establecimiento y, sobre todo, de su método curativo, porque aquella quinta era una casa de salud, y me contestó después de aspirar intensamente el almizcle de un pomito de ágata cincelado por un joyero de Bombay, la ciudad de los soles de oro y las doncellas de escarlata:

—Pues sea usted muy bien venido, caballero. Supongo que, por lo que ha visto hasta el presente, se habrá penetrado de mi intento. Soy especialista en poetas enfermos, casos que no han sido formalmente estudiados por la ciencia.

—¡Poetas enfermos!—exclamé lleno de asombro.

—Una enfermedad nueva, señor mío, de carácter psicológico y que, por lo mismo, no se manifiesta en espantos y reumatismos, en vómitos y pústulas como las que cualquier galeno cura á diario. También se enferma el arte y hoy, desgraciadamente, su mal es epidemia.

—Si usted, doctor insigne, me explicara....

—La cosa es bien sencilla, caballero. La inteligencia es una fuerza, un instrumento poderoso que siempre debe actuar buscando un fin fecundo. Dejemos aparte sus dos objetos inmediatos, lo bueno y lo verdadero, y consideremos la cuestión desde el punto de vista de lo bello. Pues bien, la belleza, para explicarla por medio de una comparación, es como la flor de todo lo creado, como una sonrisa del espíritu. Evocarla y contemplarla constituye una imperiosa necesidad de nuestro sér. Aun las gentes más cerriles la aman y la aprecian, recreándose en un móvil que, sin ellas notarlo, eleva sus instintos. El hombre necesita de ese móvil como estímulo de perfección espiritual; si se le veda no sólo se le habrá privado de un placer delicadísimo sino, también, de un medio disciplinario con que corrige inconscientemente sus groseras propensiones. En este punto, la belleza no siendo la moral, obtiene sin embargo, frutos semejantes. Sin proponérselo, busca su finalidad por un camino que le es propio, y así como cuando sentimos sed nos irritamos si alguno nos enturbia el agua clara de una fuente, así también nos irritamos cuando anhelosos de extasiarnos con los goces purísimos del arte alguien nos revuelve el manantial sereno de lo bello. Mi clínica es para los que revuelven esas aguas.

—¿Y tan graves juzga usted las consecuencias?

—Más de lo que usted y la generalidad de los lectores se figuran.... La poesía, por ejemplo, siempre ha sido acción ó pasión ó pensamiento; siempre ha sido fe ó ha sido duda. En una ú otra forma ha tenido una significación muy especial y relevante, ha tenido conciencia y voluntad, ha respondido á alguna cosa, á algún móvil intenso del espíritu. Homero, Dante, Byron, Goethe, Zorrilla, Víctor Hugo.... Fíjese usted por un momento en el inmenso alcance de esos nombres. ¡Pues no es nada! Historia, religión, mitología, tormenta pasional, escepticismo, leyendas, tradiciones.... La humanidad en los tres aspectos de su historia: pasado, presente, y porvenir; la conciencia en su expresión más honda, más variada; el arte convertido en algo semejante á una galería de espejos psicológicos que reflejan todos los secretos, aun los más recónditos, del alma. Ahora advierta usted lo que sucede. La poesía lírica ha perdido el lente poderoso con que el vate sondeaba y traducía sus propias emociones y la épica ese gran catalejo que abarcaba los vastos horizontes de la historia.

Hoy la métrica es todo; el lenguaje enturbiado por la imagen retorcida toma el puesto de la idea envuelta en traje helénico; la rima atormentada nos desvía de los movimientos fáciles del verso, el deforme Japón hereda á Grecia y el culto extravagante al adjetivo enerva el gusto literario con el afán absurdo del color y de la música, y al enervar el gusto literario enerva la voluntad, lo enerva todo.

—Pero ¿el sistema curativo de que hablábamos?

—Es bien claro y se expresa en la fórmula del *similia similibus curantur*....

—¿Es usted homeópata?

—No, señor; observo y luego curo haziendo el apetito. A éste le brindo una odalisca tendida en almohadones de peluche y envuelta en las nubes azuladas y aromáticas que asciende del áureo pebetero donde chisporrotean pastillas de arábigos perfumes. Al otro le doy un alcázar de mármol carrareño con escalinatas de alabastros y paredes bordadas por los gnomos. A aquel le muestro un lago azul en donde se deslizan góndolas como negros cisnes que apenas mueven el agua con sus plumas. Al de más allá lo meto en jardines ideales donde crecen plantas cuyas flores se convierten en ramilletes de costosa pedrería. Este alcázar, los cenadores, los cisnes, los estanques, los vergeles que usted mira están hechos para que ellos los disfruten. Les harto los sentidos y para completar mi plan déjoles llevar los nombres y los trajes que apetezen. Yo mismo me he embozado en estos trapos y he pedido un nombre á la flora mitológica.

—¿Y ha curado usted á muchos?

—A muchísimos. Los hay que á la semana no pueden aguantar las sandalias de cordones de oro ni el sabor á almizcle de la ambrosía que les doy por alimento y mucho menos el olor á mirra y cinamomo con que los sahumo al acostarse para que tengan en sus sueños perspectivas orientales, evocaciones de Kioto y Samarcanda. Estos piden el alta á grandes voces y claman por el picadillo y los pantuflos. Pero hay otros refractarios, tan refractarios al sistema, que al sorber su ración de néctar servida en ánforas de Atenas, la devuelven y dicen, sin embargo, que han asistido á un desayuno dispuesto por Cleopatra. Voy á mostrar á V. algunos ejemplares. Principiaré llamando al

Príncipe Abril del Lirio de Oro.



—Veo que tiene V. gente muy exquisita en esta casa.
—Diré á V., apreciable caballero, este excelente joven se llamaba en el mundo Cleto López, pero tocado de su mal se llama ahora de ese modo.

—Comprendido.
El Doctor se aproximó á un armónium y dejó oír una melodía dulce é indecisa. A poco entró á pasos graves un recio mocetón, vestido á la manera del Doctor con clámide y coturno. Llevaba además la lira en una mano y corona de yedra en la cabeza. Después de saludar con desdenosa languidez se tendió sobre un diván forrado con la piel de una tigre sudanesa.

—Hijo de Kioto, la de los muros opalinos—dijo el sabio alumno de Esculapio—canta sin pena para que tu áurea lira de sutiles cuerdas hechas con cabellos de hadas nacidas bajo el cielo azul de Samarcanda, estrofe nuestros oídos con sus notas.

—Así te oigan benignas—sabio ilustre—las pálidas walkirias de desnudos senos que bañan el alabastro de sus cuerpos en las nieves de un río de Escandinavia entre blondosas nieblas de cándidos vapores.... Cantaré, ritmaré por placerte la historia de Minina la princesa azul de los ensueños.

El poeta se incorporó con la pereza de un gato que se estira poco á poco, y sonriendo dulcemente entonó una trova de esta guisa:

Minina la princesa del reino ignoto
donde ritma su aroma la flor del loto,
ama á un príncipe etiope de pelo rubio
y pupilas azules como el Danubio....

—Hombre, ¡un príncipe etiope de pelo rubio.....!
—Déjele usted, que en eso no hay pecado—me interrumpió el Doctor, dibujando una sonrisa.

Ama á un príncipe etiope de pelo rubio
y pupilas azules como el Danubio....
Mas el doncel gallardo que la enamora
la pasión volcánica tal vez ignora
de Minina, princesa del reino ignoto
donde ritma su aroma la flor del loto.

—¡Eh! ¿qué tal le parece el ritornelo?

—Muy original y melodioso.

El poeta se quedó profundamente absorto, como solicitado por visiones de otros mundos, y aprovechando su éxtasis me habló el Doctor de esta manera:

—Este es el tipo de los que yo califico de enervantes. Pero veamos una variedad en la familia.

Y diciendo esto tocó un aire alegre de opereta.

Seguidamente entró un mancebo de cabellos rizos, frac ajustado y gardenia en la solapa.

—Rey de los salones, monarca del buen gusto y la elegancia, amable dispensador de la alegría ¿á dónde vas con esa irreprochable vestimenta?

—Voy, mi sabio amigo, á cenar con la archiduquesa Kendalina que, como sabes tú, lleva arruinados á tres rajahs, veinte lores y cuarenta magnates moscovitas. En su mesa de ébano verde trabajada por un gnomo de Tartaria, los reyes de Schiraz y Trebisonda derraman generosos los topacios de sus coronas seculares. Allí ríe el champagne á carcajadas burbujeantes en el vidrio de la copa de Bohemia; el

burdeos se desborda como la arteria desgarrada por un aureo alfiler diademado con un brillante de las minas de Kisnah y el jerez murmurando loco el himno de la uva en estrofas de vapores esenciados....

—Pues vaya usted con Dios, ¡oh joven exquisito! y que la archiduquesa Kendalina no tenga algún amante que le «ritme» algunos garrotazos en los lomos—dije yo por lo bajo, haciendo mil esfuerzos por no soltar el trapo de la risa.

Apenas hubo salido aquel efebo engardeniado, tomó el Doctor una trompa y ensordeció la sala con los ecos del diabólico instrumento. Luego la emprendió con un oboe, después rascó las cuerdas de una viola y concluyó con unos golpes de timbal.

—Se trata de un caso muy agudo, muy curioso; de una imaginación encendida al rojo blanco.

Surgió un hombre de barbas espantables, plumero en la cabeza y túnica bordada con dibujos y colores imposibles.

—Salve al ciclope pujante, al titán vigoroso del estilo, al que construye frases de piedra berroqueña, como el arquitecto medio-eval construía catedrales y castillos.... Venga un fragmento de esa obra.

El tremendo literato desenrolló un papel y leyó con voz de trueno:

Los intestinos del planeta.

Cuento fisio-cosmológico diluido en diez tomos de novela.

Capítulo 3.048.—Paisaje á la acuarela.

«La luna se alzaba en lontananza como una torta de casabe untada de mantequilla. Los pinos puntiagudos, escobillones verdes del espacio, parecían desholllinar las nubes que corrían desmelenadas por el cielo. El río vertiéndose de golpe en honda cuenca, aullaba en su caída como un perro de cristal atacado de hidrofobia. La onda marina jadeante y rumorosa mordía la inmóvil peña, clavándole su dentadura líquida como un león azul que sacudiera su melena magnífica de espumas....

—Basta ¡por Dios!—dije entonces alarmado al eco resonante de esa prosa.—Me retiro; este mal no tiene cura.

—Aun faltan Coralino, Joy el Adiamantado, Iris Celeste, Jacinto del Jardín de los Rocíos y Cisne Arbolado....

—Señor Doctor, me basta con lo visto. Trabajo doy á usted si ha de curarlos. Son muchachos de buenas, de excelentes condiciones para el verso, de viva y fulgurante fantasía, pero el mal es muy hondo y el vicio literario arraiga más que el fisiológico.....

—Pero mi plan es efectivo.....

—Ilusión, vana ilusión, Doctor amigo. No son clámides, ni lagos, ni pebetes, ni odaliscas, ni almohadones los remedios que pide esta epidemia. El mal radica en el cerebro. Lecturas incoherentes, el absurdo hecho estética, emociones supuestas expresadas en formas extrambóticas, el prurito de ser ó aparecer original, el delirio, la moda y mil etcéteras han traído las letras á este punto. Prohíbales usted toda lectura, haga añicos papeles, plumas y tinteros; en vez de néctar déles usted mucho boniato, dígales que el arte no es juguete ni la poesía casillero de rimas dislocadas, ni lo bello es lo raro, ni la retórica es fin sino instrumento....

—¿Y si nada se logra?

—¡Ay! entonces....

—Diga usted....

—Entonces, será preciso que nazca otro Cervantes....

NICOLÁS HEREDIA.

(Ilustraciones de del Barrio).



→ AVE ERRANTE ←

Hé Pópe Marín Varona

Un día de claro cielo,
á impulsos de su destino,
dejando su patrio suelo,
un ave levantó el vuelo,
cruzó el mar, y á Cuba vino;

Y Cuba, perla salida
de los mares de Occidente,
siempre hermosa y encendida,
besó con amor su frente
dándole la bienvenida.

El ave errante, al sentir
la caricia singular,
cuentan que llegó á decir:
«No vengo sólo á cantar,
vengo también á morir.

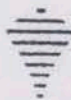
Que en esta tierra querida,
por arcanos de la suerte,
que llora el alma afligida
duerme quien me dió la vida
en los brazos de la muerte.



HUMORADA

Te abanicas con gracia, y te suplico
que tengas muy en cuenta,
que puede levantar un abanico
con el aire más dulce una tormenta.

CAMPOAMOR.



ISABEL DE VEGA

Un rostro que no se contempla por primera vez. Recordad los que habéis visto en los camafeos antiguos y hallaréis un parecido exacto con esas facciones delicadas y esos perfiles puros, que dibujaban los viejos artistas. Cabellera orgullosamente cubana. Cejas que simulan dos rasgos hechos con tinta de China en una lámina de marfil pulido por el pincel de Ontamaro. Nariz de una corrección preciosa; y boca donde deben retozar todas las sonrisas y vibrar todas las cadencias de una rima de Rubén Darío. No la conozco. ¿Pero qué importa? No he visto su rostro en los antiguos camafeos que dibujaron los viejos artistas?

→ ALGO DE CRONICA ←

EL BAILE DE LA PLAYA

La última *matinée* efectuada en la preciosa glorieta de Marianao, es de esas que llenan el alma de íntimo regocijo, imponen el elogio y sugieren el paralelo con las más amenas y selectas festivales celebradas en aquel sitio: poetizado por los murmullos del mar cuando deshace juguetonamente sus arqueadas lenguas sobre la arena, y blasonado con las *armas reales* de nuestro aristocrático *gran mundo*.

Dos semanas hacía que las *matinées* habían tenido que suspenderse; y la gasa melancólica que cubría los espléndidos salones de la glorieta fué recorrida con todos los esplendores de una suntuosa fiesta.

A las dos: la orquesta deja oír los preludios de un vals, las flores embalsaman el ambiente con el perfume de sus corolas, las mujeres más elegantes de nuestra sociedad constituyen el encanto primordial de la *fête*, el mar murmura en la ribera con una risa apagada, todo se prepara esquisitamente para la celebración de la *matinée*.

Para dar atractivos á esta notas al vuelo daremos los nombres de las señoritas que tuvimos el gusto de ver allí, nombres que ha saludado la crónica elegante con sus mejores elogios, y que daban á la *matinée* todas las dulces prerrogativas de la dicha y todos los embriagantes destellos de la felicidad: Amada y Asunción Marcos, Edelmira López Trigo, Altagracia Prieto, Stas. Govin, Lola Argilagos, Clara y Carmen Dorta, Maria Josefa Etchegollen, Piedad y Adriana Casas, Eloísa, Asunción y América Zequeira, Guillermina Durand, Stas. Sigarroa, Dominga Sánchez, Eva y Alicia Balbin, *Trini* y *Margot* Curbelo, Maria Varona Murias, Ramona Ortega, Ana Maria Burgos, Amelia Solberg, *Concha* Jorge, Dolores Anillo y otras muchas.

**

UN ÁNGEL

La crónica al ser el eco del mundo, es la historia de sus alegrías y sus dolores. Ayer aquí, quizá en este mismo hueco, dejábamos una nota de luz, de tierna alegría que esmaltaba como un rayo de sol el obscuro laboreo del narrador de siempre; hoy, sobre esas frescos sonrosados tintes tiene que trazar nuestra mano negra orla para encerrar en ella un nombre que antes de hoy era vida, que ya es muerte, que era ayer flor y hoy polvo, un nombre de un ángel bello, muy bello, de grandes ojos azules, claros como el cielo, y serenos como su alma, alma pura que no conoció más que una sola palabra: «Amor».

Raquel Martin Rivero, adorada de sus padres, idolatrada por su abuelo, por cuantos alcanzaron á ver la vaga claridad de aquella mirada que se alejaba de la tierra, ha dejado de existir en la noche del martes último, el mismo día que cumplió cuatro meses.

A los padres, á esos seres de los cuales es cada hijo un pedazo del corazón; ¿qué decirles? La triste flor del dolor humano tiene también su consolador rocío, el llanto; por eso la ofrenda de nuestras lágrimas es el tributo que aquí les consagramos

**

Frases de un libro muy amargo y que permanecerá inédito: —Igual que la roca, tu corazón. La ola muere en la ribera y mis frases —ondas de un mar de amor— se deshacen y disuelven en la fría dureza de tu indiferencia.



Ahi, la paz que yo ansío,
y el amor santo y profundo
de un Dios bondadoso y pío;
ahi, el alma á su albedrío
sobre la escoria del mundo.

Aquí abajo desconsuelo,
manos que juntas imploran
el término de su duelo,
y muchos ojos que lloran
mirando siempre hacia el cielo.

Julio, 1895,

ABELARDO FARRÉS.

ENFERMO

Una ligera indisposición priva á nuestro querido compañero Fontanills del gusto de departir esta semana con las bellas é ilustradas lectoras de EL FIGARO.

Ave errante, ave perdida,
en la región donde estás
hay gozo y perenne vida,
ahí, cuando un ave anida
ya no se ausenta jamás;

Y así que la dicha encierra
un amor que presta calma,
que avasalla toda guerra,
llega la muerte, y encierra
las ilusiones del alma.

El alma lucha y no alcanza
el sumo bien que resiste
á todo esfuerzo que avanza:
cuando nace una esperanza
llega un desengaño triste;

Llegó el amor, y en su oído
vertió las frases mejores
de su lenguaje escogido,
y el ave, para su nido
pidió perfume á las flores.

El ave cantó sin pena;
airosa, modesta, viva,
cruzó, brillando, la escena.....
igual que en noche serena
una estrella fugitiva.

Feliz yo, si ya cansada
llego allí donde no existe
más que el recuerdo y la nada:
¿qué sólo estará y qué triste
aguardando mi llegada!»

EL VALS.

Es mi rubio doncel siempre de gala:
cuando flotan al aire sus cabellos,
aquella noche ha de soñar con ellos
alguna revoltosa colegiala.

Los cuentos de la Corte él los propala,
y, si entona al pasar los ojos bellos,
es para que amortigüen sus destellos
mientras su pié por el salón resbala.

Son todas las mujeres sus amantes,
envidia son sus labios de las fresas,
bebe el champagne en copas deslumbrantes;

Y ebrio al rodar debajo de las mesas,
piensa en que tienen ojos los diamantes
para verles el alma á las duquesas.

B. BYRNE.

↳ Causerie. ◀

SEÑORITA:—Los periódicos de la América del Sur nos trajeron días pasados una tristísima noticia: la muerte de Jorge Isaac.

Efrain, el espiritual amante de la idílica *María*, ha acudido á la cita suprema, tras-pasando los umbrales de la tumba para reunirse con *Ella* en la eternidad.

Isaac ha muerto; sí. Pero él será él, mientras Efrain haga vibrar en vuestro corazón la cuerda más doliente del recuerdo, y en tanto *María* vuestra melancólica amiga, os cuente al caer la tarde aquella historia que tanto conocéis, y os presente en su relato sugestivo y sencillo, tierno y pasional la lámina bruñida de un lago tranquilo á donde se ha ido á bañar algunas veces el alma de todas las mujeres.

¿Cuál de Vds. no hace suyas las sublimes intimidades de aquel ser immaculado? ¿Cuál de ustedes no ha tenido en el corazón el nido de esa paloma blanca del amor que á veces, cuando quiere volar, os desgarrará el pecho con el roce de sus doradas alas y otras vá mirando poco á poco con su piquito insaciable, vuestros ensueños primaverales y vuestras supremas ansias de cariño?

María es la epopeya del corazón femenino. Todas las mujeres deben parecerse subjetivamente, por lo menos, en un momento de la vida.

¡Cuántas veces leyendo á Isaac, cuando el sol agoniza en sus celajes cárdenos á la hora de la piedad, en que se despiden las aves, y las estrellas vienen á besar furtivamente las corolas de las flores, en vuestro saloncito de soltera, perdidas vagarosamente en las líneas de vuestros contornos en los peluches del canapé, habréis dejado caer el libro indolentemente, y habréis exclamado como una queja dulcísima: Señor, ¡quién le habrá contado á Isaac las recónditas y calladas penas de mi espíritu!

¡Cuántas veces habréis sentido deseos de dejar un beso sobre el nombre de Efrain, con la serena convicción de que no había de tomar forma humana, beso que iría á posarse en las letras de aquel nombre como el que Tahoser hace resbalar, silenciosamente, en la frente del amado Poezi, mientras éste sintiendo el ala de un ángel que le roza el cabello, dice en hebreo: ¡Ah, Ra'hel, Ra'hel!

Para ese millón de almas que vagan por el inexcrutable desierto de la duda, la obra de Isaac es un oasis, de dulces redenciones. Aquel idilio que ha hecho brotar tantas veces la flor del sufrimiento remueve las penas, es verdad, pero después vuelven fieles á encerrarse más íntimamente en el corazón, como las tojas heridas por el plomo del cazador van presurosas á refugiarse en lo más apartado de sus rústicas guaridas.

Esas tristezas traducen un sentimiento propio. Y aún en las noches serenas, en que nuestras vista se pierde en la mística contemplación de los callados amores de las estrellas, y en el choque enigmático de sus luminosas



Díptico

Dolores Corvizón y María Josefa Hernández.

CAMAGUEYANAS. Bellas, como paisanas de Tula. Inteligentes, como contemporáneas de Aurelia. Muy jóvenes —porque las hijas del Príncipe no envejecen. Triple juventud que es como el más gracioso de los privilegios de la naturaleza... cubana.

Hay algo de árabe en esas cabezas encantadoras que son el orgullo de Puerto Príncipe. De árabe y de griego.

¡Oh Dios del casco de oro! —podría decir un pagano, comenzando para ellas un dactilo. Y sería el más lindo de los poemitas, comenzado de esa manera.

Sus nombres? No lo sé. Qué son los nombres? Lo que importa son los rostros. No he querido saber cómo se llaman. Cubanas y basta. Del Camagüey y sobra... para la grandeza y significación del elogio.

Llegaron á la redacción de EL FIGARO las pruebas del doble grabado, me apoderé de la hoja, no quise saber más y comencé á cincelar lo que ¡ay! no son arabescos de estilo!

A falta de arte, verdad. En vez de color, severa afirmación.

¡Una verdad para remate de estos rasgos á la pluma! —exclamaba yo, fija la vista en las dos graciosas jóvenes.

—Una verdad? —me dijo el sentimiento. Una verdad? —me repitió la razón, abriéndose como un lirio.

—«Contempla esas dos figuras, —todas en el Camagüey son igualmente impecables de belleza estatuaria y afirmalo, poeta:

—«Las Camagüeyanas son, más que las Matanceras, descendientes de los helenos que hicieron no igualado el siglo de Pericles».

Ya está afirmado ¡oh mi razón! Ya está dicho ¡oh mi sentimiento! Ya está firmado ¡oh envidiable Puerto Príncipe!

KOSTIA.

miradas, los lamentos de Efrain, de vuestro apasionado amigo, resuenan en nuestros oídos con inflexiones conocidas y repercuten en nuestra alma como el eco de una voz bañada por el llanto.

Una inteligencia poderosa nos pintaría el dolor, y nos haría llorar. Pero, no, esa no es labor de Jorge Isaac. Esos escritos ingeniosos, con la única poesía de la naturalidad misma, más sentidas que pensadas tienen el mágico encanto de querérselos apropiarse casi todos los que han amado. Y ese es para mí el más grande y, tal vez, el más ampliamente justificado privilegio que tiene *María* de sobre-vivir en el velador de todas las damas, y en los entrepaños de todas las selectas bibliotecas.

Bien ha dicho Gutiérrez Nájera que el amor es monótono y que: «desde que el mundo es mundo los hombres no han encontrado para expresarlo más que ésta sola frase: ¡te amo!»

En verdad es la única fórmula, como es único el amor. Muchos escritores han llenado libros de libros, para contarnos la misma historia, pero, de las que conozco ninguna excede en mérito á la Isaac cuyo perfume propio se lo debe á sí mismo, á sus concepciones ingénitas, subjetivas y no debe ninguno de sus encantos á los matices de fantasías, más ó menos fabulosos.

El Arte llegó tarde á la novela de Isaac, tuvo muy poco que hacer allí, y no obstante el Arte con ser el Arte, sonrió satisfactoriamente, por que se encontró maravillosamente sustituido.

Es una narración rayana á veces en la sencillez, que vivió encerrada en el alma del autor, hasta un día en que salieron tan bellas intimidades á rodar por esas librerías del mundo. Así es, que su única poesía es la poesía del alma misma, la más tierna é insustituible.

Si no fuera así, si todo fuera una pura ficción y esto quedara palmariamente demostrado, *María* perdería mucho de su mérito: nos resultaría algo parecido á lo que le resultó á un gran pintor con uno de sus admiradores, que aproximó tanto el cuadro á sus ojos, —con objeto de apreciarlo mejor, —que sólo distinguió la seguridad del pulso para desparramar armónicamente porciones de pintura que en conjunto no decían nada.

Señorita, si no habeis leído á *María*, buscadla y leedla con despaño. Pensad que *María* es una obra moral antes que literaria. Y figuraos que no dais vuelta á un libro vulgar, sino que estais examinando á vuestra propia alma, y estudiadla con cuidado, como si temiérais marchitar con vuestro aliento la flor de la pureza que se abre en vuestras manos.

Señorita, llorad la partida de Efrain, mientras yo saco de la pobre escarcela de mi prosa varias flores y las deposito en la tumba del desaparecido y pobre amigo.

CARLOS A. VASSEUR Y POO.

Julio, 1895.



Abanico "Imperio"

El abanico *Imperio*, se ha impuesto entre las damas de buen tono. El otro abanico, el antiguo, el japonés, huye avergonzado, corrido, ante la aparición de su competidor, el incomparable, el elegante abanico *Imperio*, importado por Carranza, que conoce el gusto de la mujer cubana.

El abanico *Imperio* impera y navega viento en popa.

El abanico *Imperio* viene de París y su propósito es derrotar en toda la línea a su rival, el abanico japonés, precisamente en los momentos en que el Mikado ha logrado una victoria tan completa sobre los ejércitos del gran imperio chino.

El japonés venció con las armas y perdió con la moda.—Hay mil formas distintas, todas caprichosas, todas elegantes.—Pídase el abanico *Imperio* en



* La Complaciente * * La Especial * * El Japón *

Habana 100

Obispo 99

S. Rafael 13

por las ventanas, para evitar las escaleras, por temor de los malos encuentros.

Esta pesadilla me impresionó vivamente, aunque no tuve tiempo de mediarla a mi satisfacción, pues había recibido orden de partir antes de amanecer, para escoltar hasta Philippeville un convoy de escudos franceses.

Consideraba esta ausencia como una gran desgracia. ¡Una semana sin ver a la pequeñuela y ni un solo instante para decirle adiós! Me alejaba, pues, desolado, viendo el porvenir al través de los más sombríos colores y tan indiferente a las bellezas del país que íbamos a atravesar como a los peligros que podíamos correr. Para mí no había más encanto en el mundo que la graciosa criatura de que tan bruscamente me separaban, bajo el fútil pretexto de proteger un millón de francos, y no corría más serio peligro que el de perder una de sus sonrisas.

A medida que se aproximaba el término de mi viaje mis ideas se modificaban sensiblemente: lo que era negro al salir de Constantina me pareció gris en El Kantour; cobré ánimo en Philippeville, y en Stora mi expansión fué casi completa a la vista del vapor anclado en la bahía. Después de haber perdonado a los escudos que regresaban a la madre patria, llevé mi magnanimidad hasta desearles *buen viaje*,

16

MANARPH

13

MANARPH

midad, porque me conocía suficientemente para saber que aquello no se disiparía con tanta sencillez. He ahí una bonita calaverada, pensaba yo; mi padre me enviaría a Laponia si pudiese presentirlo... Tanto peor, respondíame; ella tiene un no sé qué en los ángulos de los labios y de los ojos, que emborrachan.... Esto es hecho, exclamaba una voz en mi interior, que lo dominaba todo. Y mi caballo daba traspases, echando espuma sobre los inofensivos transeúntes, cuando de repente estalló a mi lado esta injuria:

—¡He ahí un cazador que monta como un zuaavo!

Me hice dueño de mí mismo.... y al día siguiente retorné al Tesoro.

Esta casa morisca formaba como un cuadro encantador a mi idilio oriental. Toda era de mármol, desde las resbaladizas losas del patio hasta las elegantes columnas que sostenían los blancos arcos de su galería interior. En los ángulos de esa galería las flores y las plantas trepadoras se ensanchaban, colgaban en recortes de los pasamanos y se extendían hasta el suelo formando verde cortinaje.

La escalera principal, un poco sombría y casi siempre solitaria, era blanca como todo lo demás y presentaba de distancia en distancia algunos huecos, en forma de nichos, entre aquellos arcos rebajados, en

sión de las gradas. Estaba irresistiblemente bonita; era una borlona de labios rojos, de mirada que trastornaba la cabeza y semiblanco salvaje y malicioso. Su cuerpo medido descubierto, moreno y un poco delgado, no deslucía la juventud del rostro; sus diminutos pies parecían dignos de una princesa.

Me di cuenta de todo esto al primer golpe de vista, y decidiendo desde luego una campaña corta y espléndida, avancé con viveza. Pero la llamada había previsto mi ataque. Abandonó precipitadamente su esponja, derribó la cubeta y refugiándose tras un ángulo ocultó su cabeza de niña entre sus brazos levantados. Las mangas de gasa se desataron y fueron a cubrir aquella faz sutil, de la que ya no se entreveía otra cosa que dos ojos brillantes al través de la ligera tela.

La pequeñuela tenía el aspecto muy sereno—debo decirlo—a pesar de su actitud tímida.

Finjé estar colérico y tiré de mi sable como para atravesar a la linda calandria; al punto la muralla de gasa cayó y una sonora cargada respondió a mis provocaciones; el hielo había desaparecido.

Mientras que el enemigo arreglaba su tocado y sus mangas:

—¿Cómo te llamas? le pregunté.

—¿Qué decís?

MANARPH

9

II

REGRESAMOS a los cuarteles del Barro; mi Comandante trotaba delante de mí; yo veía el triple pliegue rojo que se desbordaba de su cuello; su enorme busto y las respetables caderas de este caballero común, pesado, desprovisto de los dones exteriores, y comparaba todos esos excesos de carne con la finura de aquel cuerpo docil a los tonos del ámbar, a aquellos ojos soberbios é inquietantes, a aquel lenguaje tan pintoresco en su misma incorrección, que sobre un pedazo de escalera acababa de despertar en mí todo lo que yo creía adormecido por largo tiempo.

—Esto pasará, me dije, aunque sin inge-

EL ALMENDARES

54, OBISPO 54

— HABANA —



Optica — Cirugía — Gimnasia — Esgrima — Joyería — Perfumería

— HABANA —
54, OBISPO 54
EL ALMENDARES

quince años, que ya poseía todas las astucias de la esclava y todas las seducciones de la mujer.

Bajé de mi pedestal absolutamente hechizado, y me pregunté con una incertidumbre deliciosa donde comenzaba el arte; en qué punto concluía la naturaleza; si era engañar el mostrarse bajo el aspecto más encantador; si los hombres no estaban locos cuando buscaban la razón y el origen de una lágrima ó de una sonrisa, y si la dicha no se halla frecuentemente en una tierna mentira.

He ahí adonde yo había llegado por haberme convertido en santo de piedra, durante media hora, al lado de un pequeño demonio en carne viva, y muy viva, lo juro.

Durante la noche se operó una gran revolución de ideas en mi cerebro, de la que resultó un sueño extravagante: mi Mayor me enviaba con una comisión á la caja número 4; detrás de la prisión administrativa brillaban dos ojos negros entre burlescos y tiernos, y unos labios risueños me ofrecían una moneda sonora que no tiene curso en las cajas públicas. Me disponía, pues, á tomarla, cuando salieron de las columnas, por todos los ángulos de la galería, estatuas de mármol blanco que vinieron á darme al lado una multitud de...

15 MANARPH

14 MANARPH

cuyos huesos se podía tomar asiento entre dos columnitas.

Mi pequeña árabe estaba allí, delante de mí, ocupada como antieralmente. Al mirarme desde lejos movió los labios gritando *¡besito!* con esa voz rozagante y ese acento particular que tan hondo me parecía en su boca; después avergonzada, de su atrevimiento bajó la cabeza, se ruborizó, y con un dedo ap. yado sobre la mejilla, como niño sorprendido en falta, esperó mi respuesta.

Naturalmente le di ánimo con un beso, que ella agarraba. Nos sentamos uno al lado del otro en el rincón más obscuro de la escalera, y allí comenzó una conversación estrambótica, en la que el árabe que yo sabía era auxiliado por los gestos, entre las palabras y las locas risas de aquella pitaruela, cuyas manos retenía entre las mías.

Durante esta charla pensé que si la frengadorilla ignoraba el francés, sabía mucho en cambio, de otras cosas. Debo decir al mismo tiempo, que bajo otros conceptos su educación era completa; tenía sobre la franqueza nociones tan magníficas que siempre respondía con un engaño, y enseñada revelaba la verdad, cuando esta le parecía más ventajosa. Pude convencerme desde esa entrevista que yo tendría mucho que hacer con aquella veterana de

MANARPH 11

evidente de signio de retener una palabra de importancia.

—*Besito*.....

Viendo sus disposiciones para los idiomas latinos, hubiera querido llevar la lección mucho más lejos; las funciones de preceptor no eran incompatibles con las de Charrel Maestro, que yo tenía el honor de desempeñar. Pero el Mayor me aguardaba en el patio; debí á pesar mío, lo confieso, ir á donde estaba mi superior.

—Habéis sido endemoniadamente largo, me dijo él al verme descender de cuatro en cuatro los últimos escalones.

—Estos escribientillos—murmuraba el digno hombre dando algunos pasos—nos convierten en unos postes sin delicadeza..... Veinte minutos para recoger una firma..... es absurdo.

En todo tiempo he amado los frutos verdes, los campesinos tunantucos, las mujeres frescas, los ojos ateropelados. Por ellos había hecho algunas locuras en países cristianos; pero la vida de soldado fortalece y por lo tanto me creía completamente al abrigo de una sorpresa; debí notar, sin embargo, el temor de la guarnición al atajarme del teatro de la lucha.

MANARPH 101

Tu nombre.

—*Manarph*.....!

—Procuré ayudarle enumerando algunos nombres árabes que yo conocía: *Fátima, Traquí, Zorah, Moua*..... Al decir este último me detuvo con un gesto, y replicó: —Árabe, *Moua*; francés, *Moua*.

Yo estaba habituado á ese lenguaje elíptico, el único empleado entre los dos que blos; la respuesta era clara; los franceses habían añadido un diminutivo á su precioso nombre, pero esta falta de corrección me hizo presumir no era yo el primero en ocuparme de la selvática joven; y ese pensamiento me penetró en la cabeza como si fuese un agujón. Sin embargo, me tranquilicé: mi predecesor no había hecho otra cosa quizás que iniciar su educación, y debía quedarme bastante todavía que hacerle aprender.

Continué, pues, mi interrogatorio: —*Manarph*.....

Ella no comprendía ¡oh desgracia! esa frase que resonaba por la primera vez en sus oídos.

Le tomé el tallo, y añadiendo la acción á la palabra le hice entender lo que deseaba. Ella me miró y me dijo: —*Manarph*..... mandame un dedo sobre sus labios, con el